

Biblioteca Selecta

Fábulas de *IRIARTE*



35

Ramón Sopena

Provenza 95 BARCELONA



00044756

TO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

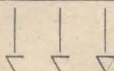
Barcelona 10 de abril de 1923.

IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
FRANCISCO DE P. PARÉS

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PERO.
Scio, Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



FÁBULAS DE IRIARTE X

29.142



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

34199

ADVERTENCIA

En la BIBLIOTECA SELECTA, formada con las obras de los mejores autores y en la que figuran los libros más instructivos y amenos, desde los populares cuentos de Andersen hasta las novelas más interesantes de Julio Verne, sería muy de sentir la falta de un libro como el de las fábulas de Iriarte. Este género literario, por la sana moral que encierra, es el más adecuado para la lectura de los niños; y los apólogos del gran fabulista español, por su originalidad, por la pureza del lenguaje, la gracia y viveza del diálogo y la soltura de la versificación, constituyen uno de los mejores modelos. Su inclusión es de rigor en una publicación como ésta que, con ello, sigue ejerciendo su misión educadora de instruir a los niños deleitándolos, y corresponde al favor creciente que tanto éstos como sus padres y profesores vienen dispensándole.

EL EDITOR.

FÁBULAS DE IRIARTE

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

Allá en tiempo de entonces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere ;
Y a este fin los convoca.
Hace una reverencia
A todos con la trompa,
Y empieza a persuadirlos
Con una arenga docta
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por más de un cuarto de hora
Mil ridículas faltas,
Mil costumbres viciosas :
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia mañiciosa.



Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa:
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,
La Abeja industriosa,
El Caballo obediente,
La Hormiga afanadora
El hábil Jilguerillo,
La simple Mariposa.

Pero del auditorio
Otra porción no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El Tigre, el rapaz Lobo
Contra el censor se enojan.

¡Qué de injurias vomita
La Sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roncás,
El Zángano, la Avispa,
El Tábaro y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Cigarrón dañino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge;
Disimula la Zorra;
Y el insolente Mono
Hace de todo moña.

Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra;
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:
«A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga.»
Quien mis Fábulas lea,
Sepa también que todas
Hablan a mil naciones,
No sólo a la española.
Ni de estos tiempos hablan;
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejía a toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
¿Qué dice de mi tela el seor Gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada a mediodía.
Mire qué sutil es, mire qué bella...
El Gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razón: así sale ella.»

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso con que la vida
Ganaba una piamontés,



La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
Dijo a una Mona: «¿Qué tal?»
Era perita la Mona,
Y respondióle: «Muy mal.»
«Yo creo, replicó el oso,
Que me haces poco favor.
¿Pues qué, mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»
Estaba el Cerdo presente
Y dijo: «¡Bravo! ¡bien va!
Bailarán más excelente
No se ha visto, ni verá.»
Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto
Hubo de exclamar así:
«Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué a dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»
Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malo!
Si el necio aplaude, ¡peor!

LA ABEJA Y LOS ZANGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los Zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;

Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien o mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir a una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa,
Hacerla con la pompa más honrosa
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanda cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por desquite :
«¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.»
¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar a los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?



LOS DOS LOROS Y LA COTORRA

De Santo Domingo trajo	Las palabras que aprendió
Dos loros una señora.	De lengua que no es de moda.
La isla en parte es francesa,	El español, al contrario,
Y en otra parte, española.	No olvida la jerigonza,
Así cada animalito	Y aun discurre que con ella
Hablaba distinto idioma.	Ilustra su lengua propia.
Pusiéronlos al balcón,	Llegó a pedir en francés
Y aquello era Babilonia.	Los garbanzos de la olla :
De francés y castellano	Y desde el balcón de enfrente
Hicieron tal pepitoria,	Una erudita Cotorra
Que al cabo ya no sabían	La carcajada soltó,
Hablar ni una lengua ni otra.	Haciendo del Loro mofa.
El francés del español	El respondió solamente,
Tomó voces, aunque pocas ;	Como por tacha afrentosa :
El español al francés	<i>Vos no sois que una PURISTA</i> ⁽¹⁾
Casi se las toma todas.	Y ella dijo : <i>A mucha honra.</i>
Manda el ama separarlos ;	¡ Vaya que los Loros son
Y el francés luego reforma	Lo mismo que las personas !

(1) Voz de que modernamente se valen los corruptores de nuestro idioma, cuando pretenden ridiculizar a los que le hablan con pureza.

EL MONO Y EL TITIRITERO

El fidedigno Padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el cerebro,
Pintándolos con pelos y señales;
Que en estilo encumbrado y elocuente
Del Unicornio cuenta maravillas,
Y el Ave-Fénix cree a pie juntillas,
(No tengo bien presente
Si es en el libro octavo u en el nono)
Refiere el caso de un famoso Mono.

Este, pues, que era diestro
En mil habilidades, y servía
A un gran Titiritero, quiso un día,
Mientras estaba ausente su maestro,
Convidar diferentes animales,
De aquellos más amigos,
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
Después bailó en la cuerda a la arlequina
Con el salto mortal, y la campana;
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin el ejercicio a la prusiana:
De estas y de otras gracias hizo alarde.
Mas lo mejor faltaba todavía;
Pues, imitando lo que su amo hacía,
Ofrecerles pensó, porque la tarde
Completa fuese y la función amena,
De la linterna mágica una escena.

Luego que la atención del auditorio



Con un preparatorio
Exordio concilió, según es uso,
Detrás de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados
Fáciles de mover a todos lados,
Las diversas figuras
Iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto a obscuras,
Cual se requiere en casos semejantes;
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podía los portentos
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.
Todos se confundían, sospechando

Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró Maese Pedro de repente.
E informado del lance, entre severo
Y risueño le dijo: «Majadero,
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?

Perdonadme, sutiles y altas Musas
Las que hacéis vanidad de ser confusas:
¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

LA CAMPANA Y EL ESQUILÓN

En cierta catedral una Campana había
Que sólo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio son, con pausado compás
Cuatro golpes, o tres solía dar no más.
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
Celebrada fué siempre en toda la comarca.

Tenía la ciudad en su jurisdicción
Una aldea infeliz, de corta población,
Siendo su parroquial una pobre iglesita,
Con chico campanario a modo de una ermita
Y un rajado Esquilón, pendiente en medio de él,
Era allí quien hacía el papel.

A fin de que imitase aqueste campanario
Al de la catedral, dispuso el vecindario
Que despacio, y muy poco el dichoso Esquilón
Se hubiese de tocar sólo en tal cual función.
Y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
Que el Esquilón pasó por una gran Campana.

Muy verosímil es; pues que la gravedad



Acercóse a olerla
El dicho animal ;

Y dió un resoplido
Por casualidad.

(Pág. 17.)

Suple en muchos así por la capacidad.
 Dígnanse rara vez de despegar sus labios,
 Y piensan que con esto imitan a los sabios.

EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
 Salga bien o mal,
 Me ha ocurrido ahora
 Por casualidad.

Cerca de unos prados
 Que hay en el lugar
 Pasaba un Borrico
 Por casualidad.

Una flauta en ellos
 Halló, que un zagal
 Se dejó olvidada
 Por casualidad.

Acercóse a olerla
 El dicho animal;

Y dió un resoplido
 Por casualidad.

En la flauta el aire
 Se hubo de colar;

Y sonó la flauta
 Por casualidad.

—¡Oh!—dijo el Borrico—

¡Qué bien sé tocar!

Y dirán que es mala

La música asnal.

Sin reglas del arte

Borriquitos hay

Que una vez aciertan

Por casualidad.

LA HORMIGA Y LA PULGA

Tienen algunos un gracioso modo
 De aparentar que se lo saben todo,
 Pues cuando oyen o ven cualquiera cosa,
 Por más nueva que sea y primorosa,
 Muy trivial y muy fácil la suponen,
 Y a tener que alabarla no se exponen.

Esta casta de gente

No se me ha de escapar, por vida mía,

Sin que lleve su fábula corriente,

Aunque gaste en hacerla todo un día.

A la Pulga la Hormiga refería

Lo mucho que se afana,

Y con qué industrias el sustento gana;
De qué suerte fabrica el hormiguero;
Cuál es la habitación, cuál el granero;
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
Contestaba la Pulga, no diciendo
Mas que éstas, u otras tales expresiones:
«Pues ya; sí; se supone; bien; lo entiendo;
Ya lo decía yo; sin duda; es claro;
Está visto; ¿tiene eso algo de raro?»

La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo a la Pulga: «Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.»

La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
«¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse a ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día.»

LA PARIETARIA Y EL TOMILLO

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria
Saludando al Tomillo la hierba Parietaria
Con socarronería le dijo de esta suerte:
«Dios te guarde, Tomillo: lástima me da verte;

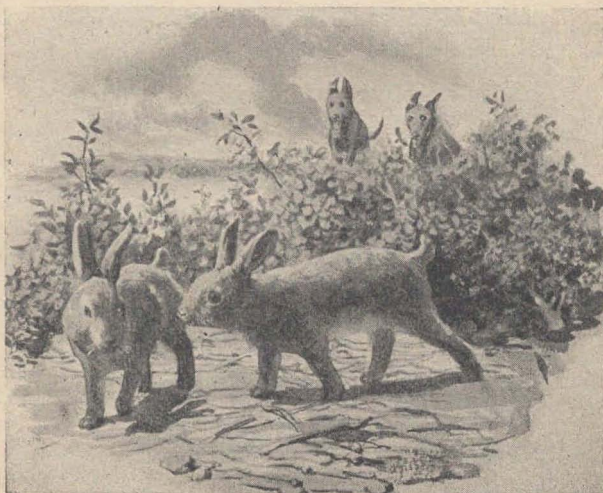
Que aunque más oloroso que todas estas plantas,
Apenas medio palmo del suelo te levantas.»
El responde: «Querida, chico soy; pero crezco
Sin ayuda de Nadie. Yo sí te compadezco;
Pues, por más que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar, si no te arrimas a una de esas paredes.»

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas, o hacer un prologuillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
(No diré corría)
Volaba un Conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo—: Tente,
Amigo, ¿qué es esto



—¿Qué ha de ser?—res-	Bien visto lo tengo.
[ponde—:	—Son podencos: vaya,
Sin aliento llego...	Que no entiendes de eso.
Dos pícaros galgos	—Son galgos te digo.
Me vienen siguiendo.	—Digo que podencos.
—Sí—replica el otro—,	En esta disputa
Por allí los veo.	Llegando los perros,
Pero no son galgos.	Pillan descuidados
—¿Pues qué son?	A mis dos Conejos.
—Podencos.	Los que por cuestiones
—¿Qué? ¿Podencos dices?	De poco momento
Sí, como mi abuelo.	Dejan lo que importa,
Galgos, y muy galgos:	Llévense este ejemplo

LOS HUEVOS

Más allá de las islas Filipinas
 Hay una que ni sé cómo se llama,
 Ni me importa saberlo, donde es fama
 Que jamás hubo casta de gallinas,
 Hasta que allá un viajero
 Llevó por accidente un gallinero.
 Al fin tal fué la cría, que ya el plato
 Más común y barato
 Era de huevos frescos; pero todos
 Los pasaban por agua (que el viajante
 No enseñó a componerlos de otros modos).
 Luego, de aquella tierra un habitante
 Introdujo el comerlos estrellados.
 ¡Oh, qué elogios se oyeron a porfía
 De su rara y fecunda fantasía!
 Otro discurre hacerlos escalfados...
 ¡Pensamiento feliz!... Otro, rellenos...
 ¡Ahora sí que están los huevos buenos!

Uno después inventa la tortilla ;
Y todos claman ya ¡qué maravilla !
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo : «Sois unos petates ;
Yo los haré revueltos con tomates» ;
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero a la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros ;
Pero, ¡qué condimentos delicados
No añadieron después los reposteros !
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un día : «Presumís en vano
De esas composiciones peregrinas.
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
¿Cuántos autores nuevos
No se pudieran ir a guisar huevos
Más allá de las islas Filipinas?

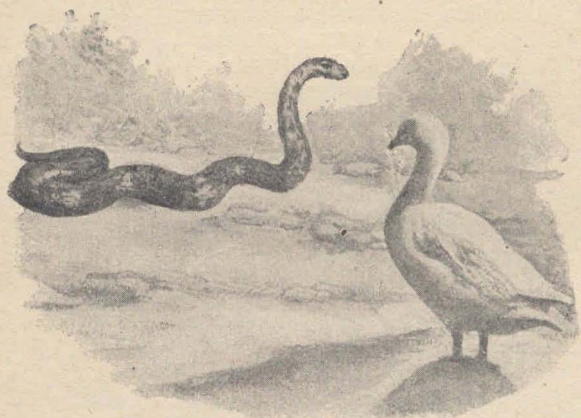
EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un Pato :
«¿A qué animal dió el Cielo
Los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire :
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo,
Si se me antoja, nado.

Una Serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo,
Y le dijo : «Seor guapo,
No hay que echar tantas
[plantas ;
Pues ni anda como el gamo,

Ni vuela como el sacre,
 Ni nada como el barbo.
 Y así tenga sabido

Que lo importante y raro
 No es entender de todo,
 Sino ser diestro en algo.»



EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL

Si querer entender de todo
 Es ridícula presunción,
 Servir sólo para una cosa
 Suele ser falta no menor.

Sobre una mesa cierto día
 Dando estaba conversación
 A un Abanico y a un Manguito
 Un Paraguas o Quitasol;
 Y en la lengua que en otro tiempo
 Con la olla el caldero habló,
 A sus dos compañeros dijo:
 «¡Oh, qué buenas alhajas sois!
 Tú, Manguito, en invierno sirves;

En verano vas a un rincón:
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frío sigue al calor.
No sabéis salir de un oficio.
Aprended de mí, pese a vos:
Que en el invierno soy Paraguas,
Y en el verano Quitasol.»

LA RANA Y EL RENACUAJO

En la orilla del Tajo
Hablaba con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.
Mas luego que del viento
El ímpetu violento
Una caña abatió, que cayó al río,



En tono de lección dijo la Rana :
«Ven a verla, hijo mío :
Por defuera muy tersa, muy lozana ;
Por dentro toda fofa, toda vana.»
Si la Rana entendiera poesía,
También de muchos versos lo diría.

LA AVUTARDA

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocía,
Deseando sacar una cría
Más ligera, aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados
De alcotán, de jilguero y paloma,
De perdiz y de tórtola toma,
Y en su nido los guarda mezclados.
Largo tiempo se estuvo sobre ellos ;
Y aunque hueros salieron bastantes,
Produjeron por fin los restantes
Varias castas de pájaros bellos.
La Avutarda mil aves convida
Por lucirlo con cría tan nueva :
Sus polluelos cada ave se lleva ;
Y hete aquí la Avutarda lucida.
Los que andáis empollando obras de otros,
No saquéis a volar vuestra cría,
Pues dirá cada Autor : ésta es mía ;
Y veremos qué os queda a vosotros.

EL JILGUERO Y EL CISNE

«Calla tú, pajarillo vocinglero,
(Dijo el Cisne al Jilguero) :
¿A cantar me provocas, cuando sabes

Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?»
El Jilguero sus trinos repetía ;
Y el Cisne continuaba : «¡Qué insolencia !
¡ Miren cómo me insulta el musiquillo !
Si con soltar mi canto no le humillo,
Dé muchas gracias a mi gran prudencia.»
«¡ Ojalá que cantaras !
(Le respondió por fin el pajarillo) :
¡ Cuánto no admirarías
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oído,
Aunque logran más fama que las mías !...»
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.
¿ No hay más que ganar crédito sin ciencia?
Ya se verá en llegando a la experiencia.

EL CAMINANTE, Y LA MULA DE ALQUILER

Harta de paja y cebada
Una Mula de alquiler
Salía de la posada,
Y tanto empezó a correr,
Que apenas el Caminante
La podía detener.
No dudó que en un instante
Su media jornada haría ;
Pero algo más adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
¿ Si lo hará de picardía?...
¡ Arre!... ¿ Te paras?... Acaso
Metiendo la espuela... Nada.
Mucho me temo un fracaso...
Esta vara que es delgada...
Menos... Pues este aguijón...

Mas ¿si estará ya cansada?
Coces tira... y mordiscón;
Se vuelve contra el jinete.
¡Oh, qué corcovo, qué envión!
Aunque las piernas apriete...
Ni por esas... ¡Voto a quien!



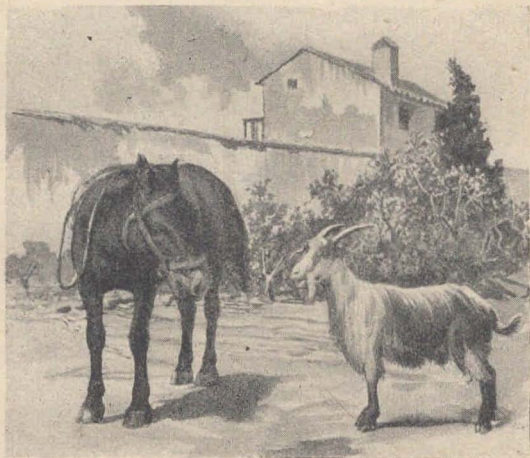
Barrabás que la sujete...
Por fin dió en tierra... Muy bien
¿Y eras tú la que corrías?...
Mal muermo te mate, ¡amén!
No me fiaré en mis días
De Mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.

Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,

Al punto digo: ¡cuidado!
Tente, hombre; que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler.

LA CABRA Y EL CABALLO

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violín el eco blando.
Los pies se la bailaban de contenta;
Y a cierto Jaco, que también suspenso
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra:



«¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fué en un tiempo compañera mía.
Confío (¡dicha grande!) que algún día
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.»

Volvióse el buen Rocín, y respondióla:
«A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero al fin tengo el gusto
De ver qué lucimiento
Debe a mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Después que mueras.»

Así, ni más ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algún mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO

Saliendo del colmenar,
Dijo al Cuculillo la Abeja:
«Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y más cucú,
Y siempre una misma cosa.»
«¿Te cansa mi canto igual?
(El Cuculillo respondió);
Pues a fe que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo

Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En ti es viejísimo todo.»

A esto la Abeja replica:
«En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que más perjudica:

Pero en obra destinada
Sólo al gusto y diversión,
Si no es varia la invención,
Todo lo demás es nada.

EL RATÓN Y EL GATO

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invención tan sencilla! ¡qué sentencias!
He de poner, pues que la tengo a mano,



Una fábula suya en castellano.

«Cierto (dijo un Ratón en su agujero):
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad: por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.»
Un Gato replicó: «Pues esa prenda
Yo la tengo también...» Aquí se asusta
Mi buen Ratón, se esconde,
Y torciendo el hocico, le responde:
«¿Cómo? ¿La tienes tú?... Ya no me gusta.»

La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece,
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade, y que le instruya.
—Es una maravilla:

Dijo Esopo una cosa como suya.
—Pues mire Usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza—. ¿Conque es tuya?
Sí, señor erudito;
Ya que antes tan feliz le parecía,
Críquemela ahora porque es mía.

LA LECHUZA,

LOS PERROS Y EL TRAPERO

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos, que esperan
Para impugnar, a que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.

Un breve caso a este intento
Contaba una abuela mía.
Diz que un día en un convento
Entró una Lechuza... miento;
Que no debió ser un día.

Fué sin duda estando el sol
Ya muy lejos del ocaso...
Ella, en fin, se encontró al paso
Una lámpara (o farol,
Que es lo mismo para el caso):

Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
«Lámpara ¡con qué deleite
Te chupara yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera.

Mas ya que ahora no puedo,
Porque estás bien atizada,
Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena panzada.»

Aunque renieguen de mí
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer su retrato.
Estando, pues, un Trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle (como suelen
Cuando a tales hombres huelen)
Dos parientes del Cerbero.

Y dijoles un Lebrél:
«Dejad a ese perillán;
Que sabe quitar la piel
Cuando encuentra muerto a un Can,
Y cuando vivo, huye de él.»

EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA

Oyendo un Tordo hablar a un Papagayo,
Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
Y con sólo un ensayo

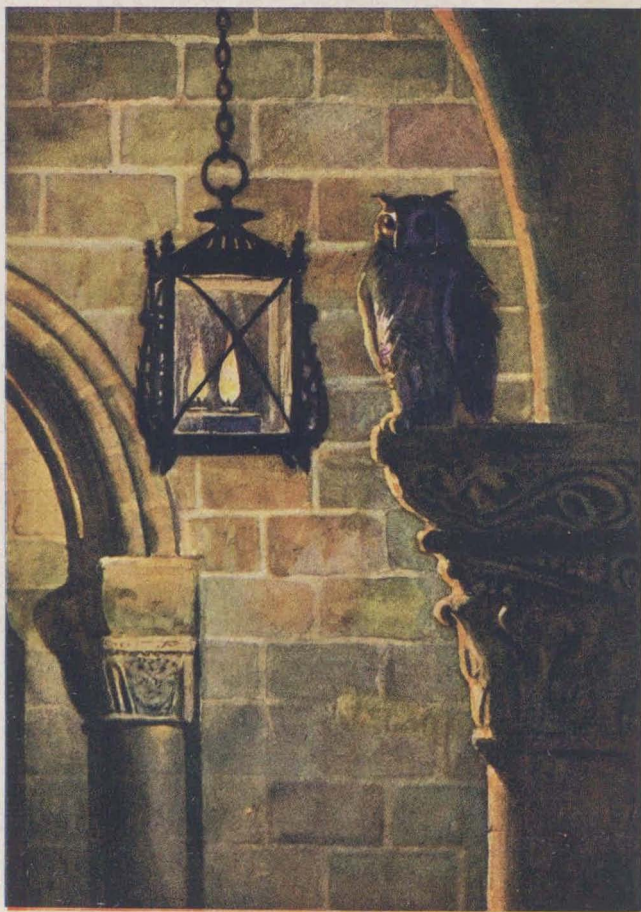
Creyó tener pronunciación tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

EL LOBO Y EL PASTOR

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
«Amigo (le dijo), yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror :
Tiénesme por malo : no lo soy a fe.

¡ Mi piel en invierno qué abrigo no da !
Achaques humanos cura más de mil :
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas, ni otro insecto vil.





Lámpara ¡ con qué deleite
Te chupara yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera ! (Pág. 31.)

Mis uñas no trueco por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes ya sabes cuán útiles son,
Y a cuántos con mi unto he dado salud.»

El pastor responde: «¡Perverso animal,
Maldígate el Cielo, maldígate, amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien?

Al diablo los doy
Tantos libros lobos como corren hoy.

EL LEÓN Y EL AGUILA

El Aguila y el León
Gran conferencia tuvieron
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.

Dió el Aguila muchas quejas
Del murciélago, diciendo:

«¿Hasta cuándo este avechucho

Nos ha de traer revueltos?

Con mis pájaros se mezcla,

Dándose por uno de ellos;

Y alega varias razones,

Sobre todo, la del vuelo. ¡

Mas, si se le antoja, dice:

Hocico, y no pico tengo.

¿Como ave queréis tratarme?

Pues cuadrúpedo me vuelvo.

Con mis vasallos murmura

De los brutos de tu imperio;

Y cuando con éstos vive,

Murmura también de aquellos.»

«Está bien, dijo el León:

Yo te juro que en mis reinos

No entre más.» «Pues en los míos»

Respondió el Aguila, menos.»

Desde entonces, solitario
Salir de noche le vemos ;
Pues ni alados ni patudos
Quieren ya tal compañero.

Murciélagos literarios,
Que hacéis a pluma y a pelo,
Si queréis vivir con todos,
Miraos en este espejo.

LA MONA

Aunque se vista de seda
La Mona, mona se queda.
El refrán lo dice así :
Yo también lo diré aquí ;
Y con eso lo verán
En fábula y en refrán.

Un traje de colorines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió ;
Aunque más bien creo yo
Que su amo la vestiría,
Porque difícil sería
Que tela y sastre encontrase.
El refrán lo dice : pase.

Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino
Para volverse a Tetuán.
Esto no dice el refrán ;
Pero lo dice una historia
De que apenas hay memoria,
Por ser el autor muy raro ;
(Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco.)

El no supo, ni tampoco
He podido saber yo,

Si la Mona se embarcó,
O si rodeó tal vez
Por el istmo de Suez:
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá
Vióse la señora mía
En la amable compañía
De tanta mona desnuda;
Y cada cual la saluda



Como a un alto personaje,
Admirándose del traje,
Y suponiendo sería
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental
Del petimetre animal.
Opinan luego al instante,
Y *nemine discrepante*
Que a la nueva compañera

La dirección se confiera
De cierta gran correría
Con que buscar se debía
En aquel país tan vasto
La provisión para el gasto
De toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa !,

La Directora, marchando
Con las huestes de su mando,
Perdió, no sólo el camino,
Sino, lo que es más, el tino ;
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,
Desiertos, ríos, pantanos ;
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada :
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitán
Más tieso ni más galán.
Por poco no queda mona
A vida con la intentona ;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia
Pero sin ir a Tetuán,
También acá se hallarán
Monos, que aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran antes.

EL ASNO Y SU AMO

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.»
De este modo sus yerros disculpaba

Un escritor de farsas indecentes ;
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes :
«Al humilde Jumento
Su dueño daba paja, y le decía :
Toma, pues que con eso estás contento.
Díjolo tantas veces, que ya un día
Se enfadó el Asno, y replicó : Yo tomo
Lo que me quieres dar ; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me le como.»
Sepa quien para el público trabaja, ,
Que tal vez a la plebe culpa en vano ;
Pues si en dándola paja, come paja,
Siempre que la dan grano come grano.

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA

Bien habrá visto el lector
En hostería o convento
Un artificioso invento
Para andar el asador.
Rueda de madera es
Con escalones ; y un perro
Metido en aquel encierro
La da vueltas con los pies.
Parece que cierto Can
Que la máquina movía,
Empezó a decir un día : ,
«Bien trabajo ; y ¿qué me dan?
¡Cómo sudo ! ¡ay, infeliz !
Y al cabo, por grande exceso,
Me arrojarán algún hueso
Que sobre de esa perdiz.
Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa :

Me iré, no sólo de casa,
Mas también de la ciudad.»
Apenas le dieron suelta,
Huyendo con disimulo,
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta.

Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo: «¿Quién va allá?
Parece que por acá
Asamos carne también.»

No aso carne; que agua saco.»
(El Macho le respondió).
«Eso también lo haré yo.
(Saltó el Can), aunque estoy flaco,
Como esa rueda es mayor,
Algo más trabajaré.

¿Tanto pesa?... Pues ¿y qué?
¿No ando la de mi asador?

Me habrán de dar, sobre todo,
Más ración, tendré más gloria...»
Entonces el de la noria
Le interrumpió de este modo:

«Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador;
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un Gozquejo.»

¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leído yo
En un tal Horacio Flaco,

Que a un autor da por gran yerro
Cargar con lo que después
No podrá llevar: esto es,
Que no ande la noria el Perro.

EL ERUDITO Y EL RATÓN

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Ratón, ratón maldito,
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias e ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.

Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese a la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía:
Y aquel bicho travieso,
Si antes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.

«¡Qué desgracia la mía!
(El literato exclama): ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Ya haré que este desorden se corrija...»
Pero sí: la traidora sabandija,
Tan hecha a malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.

El autor, aburrido,
Echa en la tinta dosis competente
De solimán molido:
Escribe (yo no sé si en prosa o verso):
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin... «¡Feliz receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):

Quien tanto roe, mire no lo escriba
Con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razón arguye, o mucho miedo.

LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazán,
Que, dócil a espuela y rienda,
Se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces, y a compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

«Señor mío,
De ese brío,
Ligereza,
Y destreza
No me espanto;
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa;
Me menco,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo;
No me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta a la Ardilla da:

«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afaño;
Mas no en vano.
Sé mi oficio;
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
Ardillas también serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

EL GALÁN Y LA DAMA

Cierto galán a quien París aclama
Petimetre del gusto más extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,
Celebrando los días de su Dama,
Unas hebillas estrenó de estaño,
Sólo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.
«¡Bella plata! ¡qué brillo tan hermoso!»
(Dijo la dama): ¡viva el gusto y numen
Del petimetre en todo primoroso!»
Y ahora digo yo: llene un volumen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emplumen.

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios,
(Que también entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ella se tocaron.

Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este a la hormiga alaba, aquel al perro,



Quién a la abeja, quién al papagayo.

«No (dijo el Avestruz): en mi dictamen,
No hay más bello animal que el Dromedario.»
El Dromedario dijo: «Yo confieso
Que sólo el Avestruz es de mi agrado.»

Ninguno adivinó por qué motivo
Tan raro gusto acreditaban ambos.
¿Será porque los dos abultan mucho?

¿O por tener los dos los cuellos largos?
¿O porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?
«O puede ser también... No es nada de eso.
(La Zorra interrumpió): Ya di en el caso.
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos (1)».
En efecto, ambos eran Berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

EL CUERVO Y EL PAVO

Pues, como digo, es el caso,
(Y vaya de cuento)
Que a volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.
Al término señalado,
Cuál llegó primero,
Considérelo quien de ambos
Haya visto el vuelo.
«Aguárdate (dijo el Pavo
Al Cuervo de lejos).
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.
Escucha: también reparo
(Le gritó más recio)
En que eres un pajarraco
De muy mal agüero.
Quita allá, que me das asco,
Grandísimo puereco;

(1) *Amor patriæ ratione valentior omni.*

Ovid. Ex Ponto Epist. III lib. I.

Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.»
«Todo eso no viene al caso
(Le responde el Cuervo):
Porque aquí sólo tratamos
De ver qué tal vuelo.»
Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

LA ORUGA Y LA ZORRA

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que, a presencia de animales varios,
La Zorra adivinó por qué se daban
Elogios avestruz y dromedario
Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del gusano,



Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo;
Examínanle; crecen los aplausos;
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincón la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y a sus elogiadores, mentecatos.

Preguntábanse, pues, unos a otros:
«¿Por qué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos?»

Saltó la Zorra, y dijo: «¡Pese a mi alma!
El motivo no puede estar más claro.

¿No sabéis, compañeros, que la Oruga
También labra capullos, aunque malos?»

Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Queréis un buen consejo? Pues, cuidado.
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagáis más que contarles este caso.

LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el Pollino,
Lazos, cascabeles

Y otros atavíos;
Y hechos a tijera
Con arte prolijo
En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.

Parece que el dueño
Que es, según me han dicho,
Un chalán gitano
De los más ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillo.

Y añaden que al pobre
 Le costó un sentido.
 Volviendo a su casa,
 Mostró a sus vecinos
 La famosa compra;
 Y uno de ellos dijo:
 «Veamos, compadre,
 Si este animalito
 Tiene tan buen cuerpo
 Como buen vestido.»
 Empezó a quitarle
 Todos los aliños;
 Y bajo la albarda,
 Al primer registro,
 Le hallaron el lomo
 Asaz mal ferido
 Con seis mataduras

Y tres lobanillos,
 Amén de dos grietas
 Y un tumor antiguo
 Que bajo la cincha
 Estaba escondido.
 «Burro (dijo el hombre)
 Mas que el burro mismo
 Soy yo, que me pago
 De adornos postizos.»
 A fe que este lance
 No echaré en olvido;
 Pues viene de molde
 A un amigo mío,
 El cual a buen precio
 Ha comprado un libro
 Bien encuadernado,
 Que no vale un pito.

EL BUEY Y LA CIGARRA

Arando estaba el Buey; y a poco trecho
 La Cigarra, cantando, le decía:
 «¡Ay, ay! ¡qué sureo tan torcido has hecho!»
 Pero él la respondió: «Señora mía,
 Si no estuviera lo demás derecho,
 Usted no conociera lo torcido.
 Calle, pues, la haragana reparona;
 Que a mi amo sirvo bien, y él me perdona
 Entre tantos aciertos un descuido.»
 ¡Miren quién hizo a quién cargo tan fútil!
 Una Cigarra al animal más útil.
 Mas ¿si me habrá entendido
 El que a tachar se atreve
 En obras grandes un defecto leve?

EL GUACAMAYO Y LA MARMOTA

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo
(Que Saboyano sería)

Por dinero una alimaña
Enseñaba muy feota,
Dándola por cosa extraña:
Es a saber, la Marmota.

Salía de su cajón
Aquel ridículo bicho;
Y el ave desde el balcón
Le dijo: «¡Raro capricho!

Siendo tú fea, ¡que así
Dinero por verte den,
Cuando siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven!

Puede que seas, no obstante,
Algún precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal.»

Oyendo esto un mal autor
Se fué como avergonzado.
—¿Por qué?—Porque un impresor
Le tenía asalariado.

EL RETRATO DE GOLILLA

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy a nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo,
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy a entretenelle con una conseja;
Y porque le traiga más contentamiento

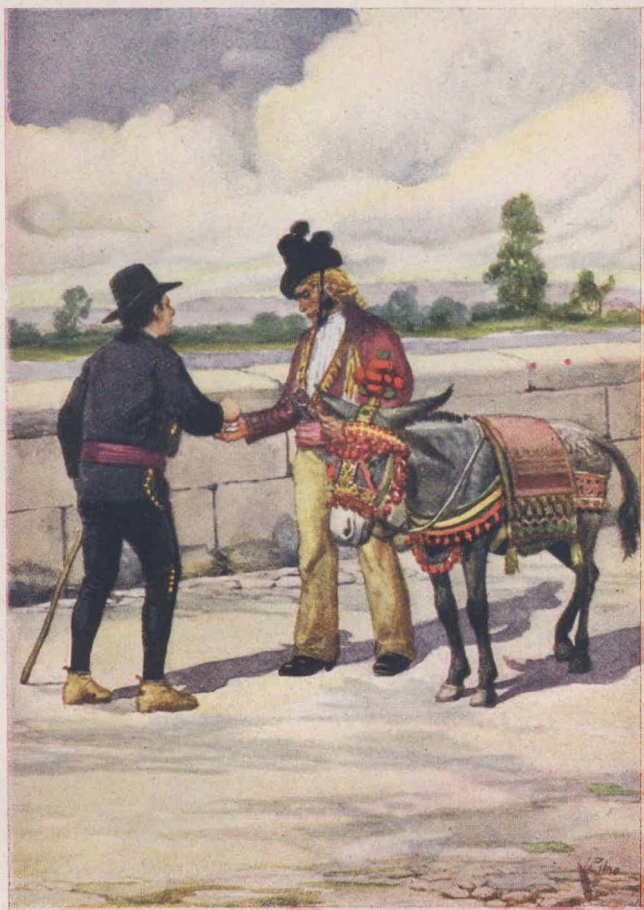
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de ogaño
Vía cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño;
Y el no remedallos a mengua tenía:
Por ende, queriendo retratar un día
A cierto Rico-home, Señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velázquez creyó ser con esto
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo traslapado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos a la antigua usanza.
La tabla a su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó, desdeque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.
Empero una traza le vino a las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcón.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos, Segundo y Tercero:
Y henchido de todas le endonó un bolsón.

«Con estas monedas, o si quier medallas,
Tornaré a mi casa con muy buen recado.»
Quando me cumpliera mercar vituallas,
Tornaré a mi casa con muy buen recado.
«¡Pardiez! (dijo el otro) ¿no me habéis pintado
En traje que un tiempo fué muy señorial,
Y agora le viste sólo un aguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla; y el mi corbatín
Pintadme al proviso en vez de golilla;
Cambiadme esta espada en el mi espadín,



Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillo ;

Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.
(Pág. 45.)

Y en la mi casaca trocad la ropilla ;
 Ca no habrá naide en toda la villa
 Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.
 Vuestra paga entonce contaros he presto
 En buena moneda corriente en Castilla.»

Ora pues, si a risa provoca la idea
 Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
 ¿No hemos de reírnos siempre que chochea
 Con ancianas frases un novel autor?
 Lo que es afectado juzga que es primor ;
 Habla puro a costa de la claridad ;
 Y no halla voz baja para nuestra edad,
 Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

LOS DOS HUÉSPEDES

Pasando por un pueblo
 De la Montaña
 Dos caballeros mozos,
 Buscan posada.
 De dos vecinos
 Reciben mil ofertas
 Los dos amigos.

Porque a ninguno quieren
 Hacer desaire,
 En casa de uno y otro
 Van a hospedarse.

De ambas mansiones
 Cada huésped la suya
 A gusto escoge.

La que el uno prefiere
 Tiene un gran patio,
 Y bello frontispicio
 Como un palacio :

Sobre la puerta
 Su escudo de armas tiene
 Hecho de piedra.

La del otro a la vista
 No era tan grande ;
 Mas dentro no faltaba
 Donde alojarse.

Como que había
 Piezas de muy buen temple
 Claras y limpias.

Pero el otro palacio
 Del frontispicio
 Era, además de estrecho,
 Oscuro y frío :

Mucha portada ;
 Y por dentro desvanes
 A teja vana.

El que allí pasó un día
 Mal hospedado,
 Contaba al compañero
 El fuerte chasco.

Pero él le dijo :
 «Otros chascos como ése
 Dan muchos libros.»

EL TE Y LA SALVIA

El Te, viniendo del Imperio Chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo. «¿Adónde vas, compadre?»
«A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran a buen precio.»
«Yo (respondió la Salvia) voy a China;
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina (1).
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viaje,
Pues no hay nación alguna
Que a todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.»
La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defendería lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio:
Y Español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construcción orgánica
Como hábiles que son en la botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,

(1) Los chinos estiman tanto la Salvia, que por una caja de esta hierba suelen dar dos, y a veces tres, de Te verde. Véase el *Dicc. de Hist. Nat.* de M. Valmond de Bomare, en el artículo *Sauge*.



Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también, y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
Un gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.
Yendo a caza de plantas salutíferas,
Dijo a un Lagarto: «¡Qué ansias tan mortíferas!
Quiero, por mis turgencias semi-hidrópicas.
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.»

Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatán ridículo
De hojas de girasol llenó el ventrículo;
Y le dijo: «Ya en fin, señor hidrópico,

He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.»

¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!
Sí; que hay quien tiene la hinchazón por mérito,
Y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas, y metáforas diabólicas,
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo enigmático.

LA MÚSICA DE LOS ANIMALES

Atención, noble auditorio,
Que la bandurria he templado
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.

En la corte del León,
Día de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que una academia
De música era del caso.

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del Ruiseñor,
Ni del Mirlo se acordaron,
Ni se trató de Calandria,
De Jilguero ni Canario.

Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron a tomar
La diversión a su cargo.

Antes de llegar la hora
Del canticio preparado,
Cada músico decía:
«Ustedes verán qué rato»:
Y al fin la capilla junta



Se presenta en el estrado
Compuesta de los siguientes
Diestrísimos operarios:
Los tiples eran dos Grillos;
Rana y Cigarra, contraltos;
Dos Tábanos, los tenores;
El Cerdo y el Burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado

La música sonaría,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los más
Las orejas se taparon,
Y por respeto al León
Disimularon el chasco.

La Rana, por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habían de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Salióse del corro, y dijo:
«¡Cómo desentona el Asno!»
Este replicó: «los tiples
Sí que están desentonados.»
«Quien lo echa todo a perder,
(Añadió un Grillo chillando)
Es el Cerdo.» «Poco a poco
(Respondió luego el Marrano),
Nadie desafina más
Que la Cigarra, contralto.»
«Tenga modo, y hable bien,
(Saltó la Cigarra): es falso:
Esos Tábanos tenores
Son los autores del daño.»

Cortó el León la disputa,
Diciendo: «Grandes bellacos,
¿Antes de empezar la solfa
No la estabais celebrando?
Cada uno para sí
Pretendía los aplausos,
Como que se debería,
Todo el acierto a su canto;
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y a los otros hace cargos.
Jamás volváis a ponerlos

En mi presencia: mudaos ;
Que si otra vez me cantáis
Tengo de hacer un estrago.»
¡ Así permitiera el Cielo
Que sucediera otro tanto,
Cuando, trabajando a escote
Tres escritores o cuatro,
Cada cual quiere la gloria,
Si es bueno el libro, o mediano ;
Y los compañeros tienen
La culpa, si sale malo.

LA ESPADA Y EL ASADOR

Sirvió en muchos combates una Espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La más famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando a poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, a parar (¡quién lo diría!)
A un obscuro rincón de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orín. Una criada,
Por mandado de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez a la cocina ;
Atravesó con ella una gallina ;
Y héteme un asador hecho y derecho
La que una Espada fué de honra y provecho.

Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierta recién llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.

El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.
Un Asador que en su cocina había
Luego desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomás de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se la vende ;
Siendo tan picarón el espadero
Como fué mentecato el posadero.

¡ Mas de igual ignorancia o picardía
Nuestra nación quejarse no podría
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases !
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas :
Otros hay que traducen las peores
Y venden por espadas asadores.

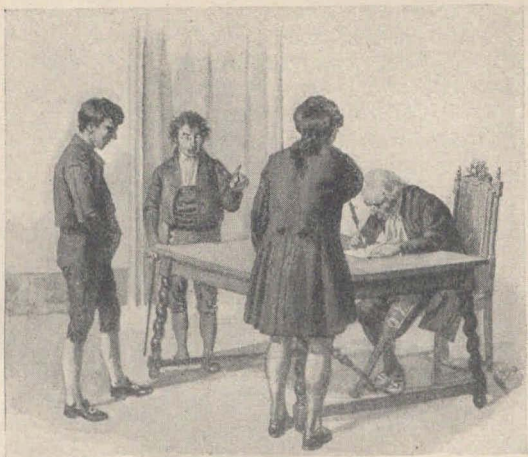
LOS CUATRO LISIADOS

Un Mudo a nativitate,
Y más sordo que una tapia,
Vino a tratar con un Ciego
Cosas de poca importancia.

Hablaba el Ciego por señas,
Que para el mundo eran claras ;
Mas hízole otras el Mudo,
Y él a obscuras se quedaba.

En este apuro, trajeron,
Para que los ayudara,
A un camarada de entrambos,
Que era manco por desgracia.

Este las señas del Mudo



Trasladaba con palabras,
Y por aquel medio el Ciego
Del negocio se enteraba.

Por último resultó
De conferencia tan rara
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.

«Compañeros (saltó el Manco),
Mi auxilio a tanto no alcanza ;
Pero a escribirla vendrá
El Dómine, si le llaman.»

«¿Qué ha de venir (dijo el Ciego)
Si es Cojo, que apenas anda?
Vamos : será menester
Ir a buscarle a su casa.»

Así lo hicieron ; y al fin
El Cojo escribe la carta,
Díctanla el Ciego y el Manco,

Y el Mudo parte a llevarla.
Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba ;
Mas como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.
Y a no ser porque ha tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos más de cien almas,
Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada
Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa
Cuando juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS

Un Gallo, presumido
De luchador valiente,
Y un Pollo algo crecido,
No sé por qué accidente,
Tuvieron sus palabras, de manera
Que armaron una brava pelotera.
Dióse el Pollo tal maña,
Que sacudió a mi Gallo lindamente,
Quedando ya por suya la campaña.
Y el vencido sultán de aquel serrallo
Dijo, cuando el contrario no lo oía :
«¡ Eh ! con el tiempo no será mal Gallo :
El pobrecillo es mozo todavía. »
Jamás volvió a meterse con el Pollo ;
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,
Teniendo un choque con un Gallo anciano,

Guerrero veterano,
 Apenas le quedó pluma ni cresta ;
 Y dijo al retirarse de la fiesta :
 «Si no mirara que es un pobre viejo...
 Pero chochea, y por piedad le dejo.»
 Quien se meta en contienda,
 Verbi gracia de asunto literario,
 A los años no atienda,
 Sino a la habilidad de su adversario.

LA URRACA Y LA MONA

A una Mona
 Muy taimada
 Dijo un día
 Cierta Urraca :
 «Si vinieras
 A mi estancia,
 ¡ Cuántas cosas
 Te enseñara !
 Tú bien sabes
 Con qué maña
 Robo, y guardo
 Mil alhajas.
 Ven, si quieres,
 Y verás las
 Escondidas
 Tras de un arca.»
 La otra dijo :
 «Vaya en gracia» ;
 Y al paraje
 La acompaña.
 Fué sacando
 Doña Urraca
 Una liga
 Colorada,

Un tontillo
 De casaca,
 Una hebilla,
 Dos medallas.
 La contera
 De una espada,
 Medio peine,
 Y una vaina
 De tijeras ;
 Una gasa,
 Un mal cabo
 De navaja,
 Tres clavijas
 De guitarra,
 Y otras muchas
 Zarandajas.
 «¿Qué tal? (dijo) :
 Vaya, hermana,
 ¿No me envidia?
 ¿No se pasma?
 A fe que otra
 De mi casta
 En riqueza
 No me iguala.»



Nuestra Mona
 La miraba
 Con un gesto
 De bellaca ;
 Y al fin dijo :
 «¡Patarata !
 Has juntado
 Lindas maulas.
 Aquí tienes
 Quien te gana ;
 Porque es útil
 Lo que guarda.
 Si no, mira
 Mis quijadas.
 Bajo de ellas,
 Camarada,
 Hay dos buches
 O papadas,
 Que se encogen

Y se ensanchan.
 Como aquello
 Que me basta ,
 Y el sobrante
 Guardo en ambas
 Para cuando
 Me haga falta.
 Tú amontonas,
 Mentecata,
 Trapos viejos
 Y morralla ;
 Mas yo, nueces,
 Avellanas,
 Dulces, carne
 Y otras cuantas
 Provisiones
 Necesarias.»
 ¿Y esta Mona
 Redomada

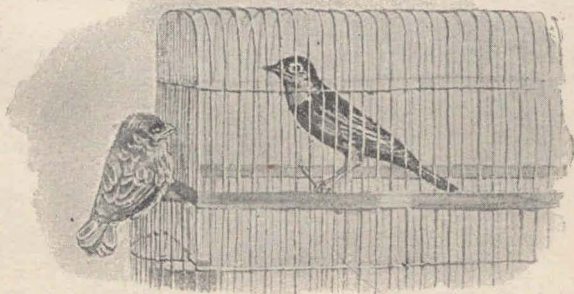
Habló sólo
Con la Urraca?
Me parece
Que más habla
Con algunos

Que hacen gala
De confusas
Misceláneas,
Y fárrago
Sin substancia

EL RUISEÑOR Y EL GORRIÓN

Siguiendo el son del organillo un día,
Tomaba el Ruiseñor lección de canto,
Y a la jaula llegándose entretanto
El Gorrión parlero así decía:

«¡Cuánto me maravillo
De ver que de ese modo
Un pájaro tan diestro
A un discípulo tiene por maestro!
Porque al fin lo que sabe el organillo,
A ti lo debe todo.»
«A pesar de eso (el Ruiseñor replica):
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo.
A imitar mis caprichos él se aplica;
Yo los voy corrigiendo
Con arreglarme al arte que él enseña;



Y así pronto verás lo que adelanta
Un Ruiseñor que con escuela canta.»
¿De aprender se desdenea
El literato grave?
Pues más debe estudiar el que más sabe.

EL JARDINERO Y SU AMO

En un jardín de flores
Había una gran fuente,
Cuyo pilón servía
De estanque a carpas, tencas y otros peces.
Únicamente al riego
El Jardinero atiende,
De modo que entretanto
Los peces agua en que vivir no tienen.
Viendo tal desgobierno,
Su Amo le reprende ;
Pues aunque quiere flores,
Regalarse con peces también quiere.
Y el rudo Jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riego
Para que el agua del pilón no merme.
Al cabo de algún tiempo
El Amo al jardín vuelve ;
Halla secas las flores,
Y amostazado dice de esta suerte :
«Hombre, no riegues tanto,
Que me quede sin peces ;
Ni cuides tanto de ellos,
Que sin flores, gran bárbaro. me dejes.»
La máxima es trillada ;
Mas repetirse debe :
Si al pleno acierto aspiras,
Une la utilidad con el deleite.

LOS DOS TORDOS

Persuadía un Tordo, abuele,
Lleno de años y prudencia,
A un Tordo su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que, acelerando el vuelo,
Viniese con preferencia
Hacia una poblada viña,
E hiciese allí su rapiña.

«Esa viña, ¿dónde está?
(Le preguntó el mozalbete)
¿Y qué fruto es el que da?»
«Hoy te espera un gran banquete
(Dice el viejo): ven acá:
Aprende a vivir, pobrete.»
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando.

Al verlas saltó el rapaz:
«¿Y esta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz?
¡Qué chica! ¡qué desmedrada!
¡Ea, vaya! es incapaz
Que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
En una huerta, y mejor.»

«Veamos (dijo el anciano);
Aunque sé que más valdrá
De mis uvas sólo un grano.»
A la huerta llegan ya:
Y el joven exclama ufano:
«¡Qué fruta! ¡qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?...»
¿Y qué era?—Una calabaza.

Que un Tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto;

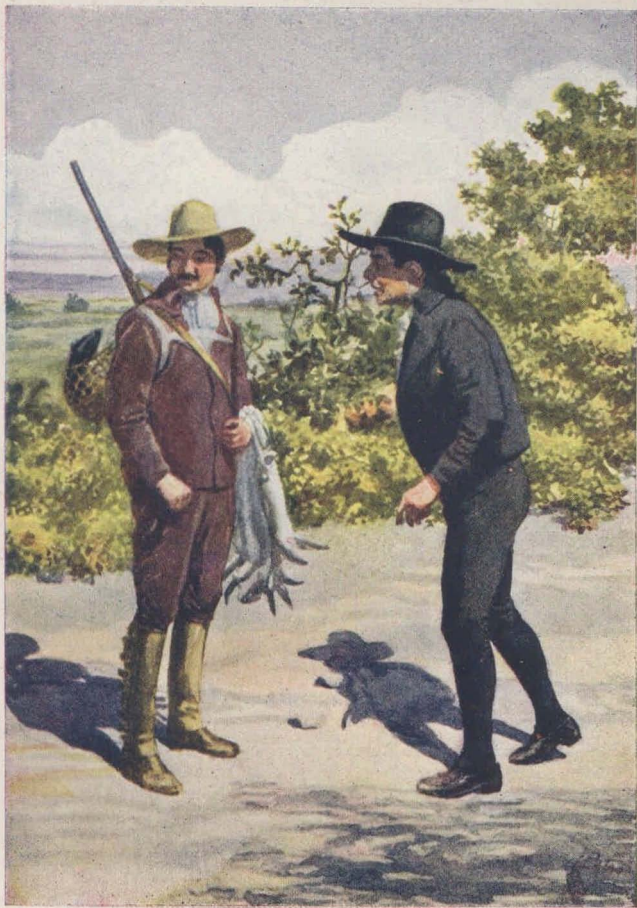
Pero es mucho más extraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
Si es mala, toda ella sobra.

EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA

Cerca de una Encajera
Vivía un Fabricante de galones.
«Vecina, ¿quién creyera
(La dijo) que valiesen más doblones
De tu encaje tres varas
Que diez de un galón de oro de dos caras?»
«De que a tu mercancía
(Esto es lo que ella respondió al vecino)
Tanto exceda la mía,
Aunque en oro trabajas, y yo en lino,
No debes admirarte,
Pues más que la materia vale el arte.»
Quien desprecie el estilo,
Y diga que a las cosas sólo atiende,
Advierta que si el hilo
Más que el noble metal caro se vende,
También da la elegancia
Su principal valor a la substancia.

EL CAZADOR Y EL HURÓN

Cargado de conejos
Y muerto de calor,
Una tarde, de lejos
A su casa volvía un Cazador.
Encontró en el camino



Cargado de conejos
Y muerto de calor

Una tarde, de lejos
A su casa volvía un cazador
(Pág. 64.)

Muy cerca del lugar
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó a contar.

«Me afané todo el día
(Le dijo); ¿pero qué?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.

Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana;
Mas mira qué gazapos traigo aquí.

Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo este distrito
No hay cazador de más habilidad.»

Con el oído atento
Escuchaba un Hurón
Este razonamiento
Desde el corcho en que tiene su mansión.

Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red,
Dijo a su amo: «Suplico,
Dos palabritas con perdón de usted.

Vaya: ¿cuál de nosotros
Fué el que más trabajó?
¿Esos gazapos y otros,
Quién se los ha cazado sino yo?

Patrón, ¿tan poco valgo
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mención de mí.»

Cualquiera pensaría
Que este aviso moral
Seguramente haría
Al Cazador gran fuerza; pues no hay tal.

Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor

Que del auxilio ajeno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO

Había en un corral un gallinero :
En este gallinero un Gallo había,
Y detrás del corral, en un chiquero,
Un Marrano gordísimo yacía.
Item más, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía :
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdón de ustedes) el Cochino
Dijo un día al Cordero : «¡Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir ! ¡qué saludable !



Yo te aseguro, como soy Gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse a la bartola,
Roncar bien, y dejar rodar la bola.»

El Gallo, por su parte, al tal Cordero
Dijo en otra ocasión: «Mira, inocente:
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar, en julio o en febrero,
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.»

Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo a que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, a la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

EL PEDERNAL Y EL ESLABÓN

Al Eslabón de cruel
Trató el Pedernal un día,
Porque a menudo le hería
Para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos,
«Quedaos (dijo) con Dios.
¿Valéis vos algo sin mí?»
Y el otro responde: «Sí,
Lo que sin mí valéis vos.»
Este ejemplo material

Todo escritor considere
Que el largo estudio no
[uniere

Al talento natural.
Ni da lumbré al Pedernal
Sin auxilio de Eslabón,
Ni hay buena disposición
Que luzca faltando el arte.
Si obra cada cual aparte,
Ambos inútiles son.

EL JUEZ Y EL BANDOLERO

Prendieron por fortuna a un Bandolero
A tiempo cabalmente
Que de vida y dinero
Estaba despojando a un inocente.
Hízole cargo el Juez de su delito;
Y él respondió: «Señor, desde chiquito
Fuí gato algo feliz en raterías:
Luego hebillas, relojes, capas, cajas,
Espadines robé, y otras alhajas:
Después, ya entrado en días,
Escalé casas; y hoy entre asesinos,
Soy salteador famoso de caminos.
Con que Vueseñoría no se espante
De que yo robe y mate a un caminante;
Porque éste y otros daños
Los he estado yo haciendo cuarenta años.»
¿Al Bandolero culpan?
Pues ¿por ventura dan mejor salida
Los que cuando disculpan
En las letras su error, o su mal gusto,
Alegan la costumbre envejecida
Contra el dictamen racional y justo?

LA CRIADA Y LA ESCOBA

Cierta Criada la casa barría
Con una Escoba muy puerca y muy vieja.
«Reniego yo de la Escoba (decía):
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun más ensucia que limpia la casa.»
Los remendones que escritos ajenos
Corregir piensan, acaso de errores

Suelen dejarlos diez veces más llenos...
Mas no haya miedo que de estos señores
Diga yo nada:
Que se lo diga por mí la Criada.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS

Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierta curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y a toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La más rolliza ;
Miembro por miembro
Ya me la trinchó ;
El microscopio
Luego la aplica.
Patas y cola
Pellejo y tripas,
Ojos y cuello,
Lomo y barriga,
Todo lo aparta
Y lo examina.
Toma la pluma ;
De nuevo mira :
Escribe un poco ;
Recapacita.
Sus mamotretos
Después registra ;
Vuelve a la propia
Carnicería.
Varios curiosos

De su pandilla
Entran a verle.
Dales noticia
De lo que observa :
Unos se admiran :
Otros preguntan :
Otros cavilan.
Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De Lagartija ;
Soltó la otra
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas.
En donde, hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Las participa.
«No hay que dudarlo
No (las decía) :
Con estos ojos
Lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un día
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quien nos trate
De Sabandijas?

¿Cómo se sufre
 Tal injusticia,
 Cuando tenemos
 Cosas tan dignas
 De contemplarse
 Y andar escritas?
 No hay que abatirse,
 Noble cuadrilla:
 Valemos mucho,
 Por más que digan.»
 ¿Y querrán luego
 Que no se engrían
 Ciertos autores

De obras inicuas?
 Los honra mucho
 Quien los critica.
 No seriamente;
 Muy por encima
 Deben notarse
 Sus fruslerías,
 Que hacer gran caso
 De Lagartijas,
 Es dar motivo
 De que repitan:
 Valemos mucho,
 Por más que digan.

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES

Convidados estaban a un banquete
 Diferentes amigos, y uno de ellos
 Que, faltando a la hora señalada,
 Llegó después de todos, pretendía
 Disculpar su tardanza. «¿Qué disculpa
 Nos podrás alegar?» (le replicaron).
 Él sacó su reloj: mostróle, y dijo:
 «¿No ven ustedes cómo vengo a tiempo?
 Las dos en punto son.» «¿Qué disparate!
 (Le respondieron): tu reloj atrasa
 Más de tres cuartos de hora.» «Pero, amigos
 (Exclamaba el tardío convidado),
 ¿Qué más puedo yo hacer que dar el texto?
 Aquí está mi reloj...» Note el curioso
 Que era este Señor mío como algunos
 Que un absurdo cometen, y se excusan
 Con la primera autoridad que encuentran.
 Pues, como iba diciendo de mi cuento,
 Todos los circunstantes empezaron
 A sacar sus relojes en apoyo

De la verdad. Entonces advirtieron
Que uno tenía el cuarto, otro la media,
Otro las dos y veintiséis minutos,
Este catorce más, aquél diez menos.
No hubo dos que conformes estuvieran.

En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero a la astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado ;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado a una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin a la contienda,
Y concluyó diciendo: «Caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay ; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.»

EL TOPO Y OTROS ANIMALES

Ciertos animalitos,
Todos de cuatro pies,
A la gallina ciega

jugaban una vez.
Un perrillo, una zorra
Y un ratón, que son tres ;



Una ardilla, una liebre
Y un mono, que son seis.

Este a todos vendaba
Los ojos, como que es
El que mejor se sabe
De las manos valer.

Oyó un Topo la bulla,
Y dijo: «Pues pardiez
Que voy allá, y en rueda
Me he de meter también.»

Pidió que le admitiesen;
Y el Mono muy cortés
Se le otorgó (sin duda
Para hacer burla de él).
El Topo a cada paso
Daba veinte traspiés,
Porque tiene los ojos
Cubiertos de una piel;

Y a la primera vuelta,
Como era de creer,
Facilísimamente
Pillan a su merced.

De ser gallina ciega
Le tocaba la vez;
Y ¿quién mejor podía
Hacer este papel?

Pero él con disimulo,
Por el bien parecer,
Dijo al Mono: «¿Qué hace-
[mos?

Vaya, ¿me venda usted?»
Si el que es ciego y lo sabe
Aparenta que ve,
¿Quien sabe que es idiota,
Confesará que lo es?

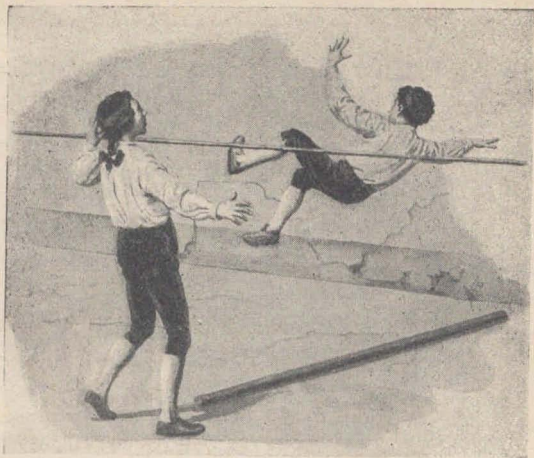
EL VOLATIN Y SU MAESTRO

Mientras de un Volatín bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: «Vea usted, señor Maestro,

Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo, o contrapeso.
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.

¿A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?...
Por ejemplo, ¿este paso, esta postura
No la haré yo mejor sin el zoquete?

Tenga usted cuenta... No es difícil...»
Así decía; y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde. ¡Adiós! ¿Qué es eso?—nada...



¿Qué ha de ser? Una buena costalada.
«¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto joven! (el Maestro dijo).
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo.»

EL SAPO Y EL MOCHUELO

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo;
Y pasando no lejos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.

«¡Ah de arriba, señor solitario!
(Dijo el tal Escuerzo):
Saque usted la cabeza, y veamos
Si es bonito, o feo.»

«No presumo de mozo gallardo,
(Respondió el de adentro):

Y aun por eso a salir a lo claro
Apenas me atrevo ;

Pero usted, que de día su garbo
Nos viene luciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero?»

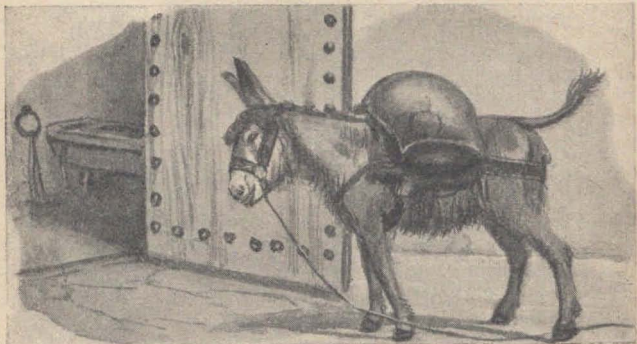
¡Oh, qué pocos autores tomamos
Este buen consejo !

Siempre damos a luz, aunque malo,
Cuanto componemos :

Y tal vez fuera bien sepultarlo ;
¡ay, Compañeros !
queremos ser públicos Sapos
ocultos Mochuelos.

EL BURRO DEL ACEITERO

En cierta ocasión un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico, que ayudaba



En su oficio a un Aceitero.

A paso un poco ligero

De noche en su cuadra entraba:

Y de una puerta en la aldaba

Se dió el porrazo más fiero.

«¡Ay! (clamó): ¿No es cosa dura

Que tanto aceite acarree

Y tenga la cuadra oscura?»

Me temo que se mosquee

De este cuento quien procura

Juntar libros que no lee.

¿Se mosquea? Bien está.

Pero este tal, ¿por ventura

Mis Fábulas leerá?

LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su *Mosquea*
Mención de esta pelea.)

Era el caso que muchos
Expertos y machuchos
Con tesón defendían
Que ya no se cogían
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes
Que se cogían antes.

En sentir de otros varios
A esta opinión contrarios,
Esos vinos excelentes

Eran los más recientes;
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.

Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundía la bodega:
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un taco:
«Por vida del Dios Baco...
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave):
Donde yo estoy, ninguno
Dará más oportuno,

Ni más fundado voto.
 Cese ya el alboroto.
 A fe de buen Navarro,
 Que en tonel, bota, o jarro,
 Barril, tinaja o cuba
 El jugo de la uva
 Difícilmente evita
 Mi cumplida visita;
 Y en esto de catarle,
 Distinguirle, y juzgarle
 Puedo poner escuela
 De Jerez a Tudela,
 De Málaga a Peralta,
 De Canarias a Malta,
 De Oporto a Valdepeñas.
 Sabed, por estas señas,
 Que es un gran desatino
 Pensar que todo vino
 Que desde su cosecha
 Cuenta larga la fecha,
 Fué siempre aventajado.
 Con el tiempo ha ganado
 En bondad, no lo niego;
 Pero si él desde luego
 Mal vino hubiera sido,
 Ya se hubiera torcido:

Y al fin también había,
 Lo mismo que en el día
 En los siglos pasados
 Vinos avinagrados.
 Al contrario, yo pruebo
 A veces vino nuevo
 Que apostarlas pudiera
 Al mejor de otra era:
 Pasan por ciertos mostos
 De los que hoy se reprueban,
 Puede ser que los beban
 Por vinos exquisitos
 Los futuros Mosquitos.
 Basta ya de pendencia;
 Y por final sentencia
 El mal vino condeno;
 Le chupo cuando es bueno,
 Y jamás averiguo
 Si es moderno o antiguo.»
 Mil doctos importunos,
 Por lo antiguo los unos,
 Otros por lo moderno,
 Sigan litigio eterno.
 Mi texto favorito
 Será siempre el Mosquito.

LA RANA Y LA GALLINA

Desde su charco una parlera Rana
 Oyó cacarear a una Gallina.
 —¡Vaya! (la dijo): no creyera, hermana,
 Que fueras tan incómoda vecina.
 Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?
 —Nada, sino anunciar que pongo un huevo.



—¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tanto!
—Un huevo solo; sí, señora mía.
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oírte como graznas noche y día?
Yo, porque sirvo de algo lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

EL ESCARABAJO

Tengo para una fábula un asunto,
Que pudiera muy bien...; pero algún día
Suele no estar la Musa muy en punto.
Esto es lo que hoy me pasa con la mía;
Y regalo el asunto a quien tuviere
Más despierta que yo la fantasía:
Porque esto de hacer fábulas requiere
Que se oculte en los versos el trabajo,
Lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será, pues, un pequeño Escarabajo
El héroe de la fábula dichosa.

Porque conviene un héroe vil y bajo.

De este insecto refieren una cosa:
Que, comiendo cualquiera porquería,
Nunca pica las hojas de la rosa.

Aquí el autor con toda su energía
Irá explicando como Dios le ayude
Aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude
Para insertar después una advertencia
Con que entendamos a lo que esto alude.

Y, según le dictare su prudencia,
Echará circunloquios y primores,
Con tal que diga en la final sentencia:

Que así como la reina de las flores
Al sucio Escarabajo desagrada
Así también a góticos doctores
Toda invención amena y delicada.



Sc
Ij
-SE
35

ÍNDICE

Págs.	Págs.
El Elefante y otros animales... .. 7	El Avestruz, el Dromedario y la Zorra... .. 42
El Gusano de seda y la Araña... .. 10	El Cuervo y el Pavo... .. 43
El Oso, la Moná y el Cerdo... .. 10	La Oruga y la Zorra... .. 44
La Abeja y los Zánganos... .. 11	La compra del Asno... .. 45
Los dos Loros y la Cotorra... .. 13	El Buey y la Cigarra... .. 46
El Mono y el Titiritero... .. 14	El Guacamayo y la Marmota... .. 47
La Campana y el Esquilón... .. 16	El retrato de Gollia... .. 47
El Burro flautista... .. 17	Los dos Huéspedes... .. 49
La Hormiga y la Pulga... .. 17	El Te y la Salvia... .. 50
La Parietaria y el Tomillo... .. 18	El Gato, el Lagarto y el Grillo... .. 50
Los dos Conejos... .. 19	La música de los Animales... .. 52
Los huevos... .. 20	La Espada y el Asador... .. 55
El Pato y la Serpiente... .. 21	Los cuatro Lisiados... .. 56
El Manguito, el Abanico y el Quitasol... .. 22	El Pollo y los dos Gallos... .. 58
La Rana y el Renacuajo... .. 23	La Urraca y la Mona... .. 59
La Avutarda... .. 24	El Ruiseñor y el Gorrión... .. 61
El Jilguero y el Cisne... .. 24	El Jardinero y su Amo... .. 62
El Caminante y la Mula de alquiler... .. 25	Los dos Tordos... .. 63
La Cabra y el Caballo... .. 27	El Fabricante de galones y la Encajera... .. 64
La Abeja y el Cucullillo... .. 28	El Cazador y el Hurón... .. 64
El Ratón y el Gato... .. 29	El Gallo, el Cerdo y el Cordero... .. 66
La Lechuza, los Perros y el Traperero... .. 30	El Pedernal y el Eslabón... .. 67
El Papagayo, el Tordo y la Marica... .. 31	El Juez y el Bandolero... .. 68
El Lobo y el Pastor... .. 32	La Criada y la Escoba... .. 68
El León y el Aguila... .. 33	El Naturalista y las Lagartijas... .. 69
La Mona... .. 34	La discordia de los relojes... .. 70
El Asno y su Amo... .. 36	El Topo y otros animales... .. 71
El Gozque y el Macho de noria... .. 37	El Volatín y su Maestro... .. 72
El Erudito y el Ratón... .. 39	El Sapo y el Mochuelo... .. 73
La Ardilla y el Caballo... .. 40	El Burro del Aceitero... .. 74
El Galán y la Dama... .. 41	La contienda de los Mosquitos... .. 75
	La Rana y la Gallina... .. 76
	El Escarabajo... .. 77

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.